

Tutankhamun and Carter. Assessing the Impact of a Major Archaeological Find

Rogério Sousa, Gabriele Pieke y Tine Bagh (eds.) (2024).
Oxford / Filadelfia: Oxbow Books, 188 páginas.
ISBN 979-8-88857-067-8



Sebastián F. Maydana
Universidad de Buenos Aires, Argentina

En su *The secret lore of Egypt* (2001), Erik Hornung señalaba el parentesco entre la egiptología, la egiptomanía y lo que él llamó *egiptosofía*. Estas dos últimas son considerablemente más antiguas que la primera, y aún en nuestra época siguen gozando de salud. El paso del tiempo, lejos de sepultarlas, fue actualizando su lista de obsesiones. Y una verdadera obsesión fue la que se desató tras el descubrimiento de la tumba de Tutankamón en 1922, contando incluso con variantes locales como la serie de cuentos de Leopoldo Lugones con temática egipcia. Y aunque las manifestaciones más actuales de la egiptomanía son más bien esotéricas (en el mal sentido de la palabra), la Tut-manía nunca desapareció del todo, manteniéndose vigente un siglo después. El centenario del gran descubrimiento de Howard Carter fue precisamente lo que motivó una conferencia en Lisboa que buscó reflexionar sobre el impacto y la herencia conjunta de Carter y de Tutankamón. Sus actas fueron publicadas en un compacto pero valioso volumen bajo el título *Tutankhamun and Carter*.

La apertura de la tumba de Tutankamón no sólo provocó revuelo en el público general, sino que fue un indudable hito egiptológico, ya que es la única en todo el Valle de los Reyes que fue encontrada esencialmente intacta. Además, como señalan los editores y autores de *Tutankhamun and Carter*, su descubridor no se limitó a realizar un exhaustivo trabajo de excavación y catalogación, sino que también se preocupó por poner los artefactos de la tumba a disposición de la comunidad de investigadores. Aún hoy se producen desarrollos importantes en este sentido, y uno de los objetivos del volumen es recoger las más variadas perspectivas actuales

acerca de los objetos de la tumba de Tutankamón. Sobre todo, es destacable el trabajo con aquellos objetos rotulados como “comunes” y frecuentemente dejados de lado frente a los “tesoros” de la tumba.

Como señala Daniela Picchi en el “Prefacio”, todavía hay mucho para decir acerca de Tutankamón. Evitando participar de “cruzadas revisionistas contra el pasado” (p. ix), destaca la complejidad del personaje de Howard Carter. Sí, su comportamiento fue colonialista, pero excavó con profesionalismo y proporcionó importantes documentos que aún se pueden estudiar. Su inusual equipo contaba con arquitectos, un fotógrafo y un químico que se encargó de la conservación de los artefactos. Todo esto hace de la tumba de Tutankamón el ámbito ideal para estudiar la vida y muerte de las élites egipcias en el Reino Nuevo, pero también permite explicar por qué la sociedad occidental del siglo XX se arrojó a la Tut-manía tan fervientemente.

Los primeros dos capítulos examinan el legado de Carter y su equipo. En el primero de ellos, André Veldmeijer y Salima Ikram celebran el impecable archivo de la excavación de Carter y sus métodos de estudio adelantados a la época. Si bien Carter publicó tres volúmenes sobre Tutankamón, nunca pudo publicar un estudio científico completo de los hallazgos. Sin embargo, allanó el camino para que otros lo hagan, produciendo una cantidad enorme de fotografías y documentos manuscritos, mecanografiados y dibujados (Carter era artista antes que egiptólogo), hoy en el Griffith Institute de Oxford. Los autores destacan la minuciosidad con que, sin tener formación como arqueólogo

(pero sí treinta años de experiencia en el campo y en Egipto), Carter registró sus hallazgos. Los autores ofrecen una vívida descripción de cómo se desarrollaba la labor egiptológica un siglo atrás, llegando a señalar que el de Carter “puede servir como ejemplo incluso para muchos excavadores en la actualidad (...) [ya que] La paciencia y la forma cuidadosa de trabajar y registrar de Carter y su equipo continúan siendo ejemplares” (p. 3). El rescate del método de Carter lleva a justificar eventuales críticas porque “se enfrentó a retos considerables y a circunstancias físicas y psicológicas extremas para él y su equipo” (pp. 6-7).

Por su parte, Jenny Cashman se concentra en otra de las figuras del equipo de Carter, Alfred Lucas, el conservador oficial que armó su laboratorio en la cercana tumba de Seti II. Con una gran cantidad de imágenes, este artículo destaca la labor inusual (para la época) de Lucas, quien trabajó nueve temporadas en la tumba de Tutankamón antes de ser conservador del Museo Egipcio. La biografía de Lucas se ve reforzada por el recurso a fragmentos del diario de Carter, una fuente interesante. Especialista forense de profesión, Lucas aplicó sus métodos al estudio de la tumba, que trató como escena de un robo. Su laboratorio, bastante peculiar para el momento, también recibe un tratamiento especial dentro de este capítulo. No conforme con esto, la autora completa: “para explorar los procesos de conservación de la tumba y las contribuciones de Lucas, hemos seleccionado un pequeño grupo de objetos representativos de los desafíos que Lucas asumió y que se revelan en sus notas” (p. 15). El catálogo y las descripciones que siguen son bastante completos, empezando por el famoso cofre decorado con escenas del rey en su carro, una túnica ceremonial, uno de los pares de sandalias decoradas, etcétera. En total, recupera alrededor de veinte artefactos analizados por Lucas, siempre detallando, a través de citas textuales de sus cuadernos, sus preocupaciones por los cambios de humedad, por el posible deterioro y la mejor forma de transportar los objetos sin que sufrieran daño alguno. El compromiso y cuidado de Lucas se ven claramente destacados a lo largo del capítulo.

Los siguientes cuatro capítulos se ocupan de conjuntos de artefactos hallados en la tumba. El capítulo de Manon Schutz, el más largo del libro, se concentra en el mobiliario. Lo hace desde una perspectiva analítica y exhaustiva, en la cual se podrían obviar discusiones enteras. Por ejemplo, la primera parte del capítulo dedicada a definir lo que es una cama, un banco, una silla y un trono. Parte de una definición de diccionario, para ver si se aplica al antiguo Egipto. Este tipo de análisis son en general inconducentes, ya que anclan la mirada en la actualidad e impiden penetrar la cultura del antiguo Egipto. Así, le llama la atención que camas antiguas como la de la reina Hetepheres I se parezcan a las modernas, cuando en realidad es más sorprendente lo opuesto. Luego analiza las camas de Tutankamón, aunque no hay nada específico en estos artefactos que modifique o sume al conocimiento previo sobre las camas en Egipto. Sí es valiosa la pregunta de investigación que se hace: si las camas y otros muebles son objetos de uso cotidiano, ¿por qué aparecen sólo en contextos funerarios? Nuevamente, las consideraciones de definición y etimología (sólo toma lenguas modernas) son irrelevantes. Más allá de las definiciones diversas que nosotros les damos, ¿cuál sería la diferencia para los egipcios entre un trono y una silla? Y más importante, ¿por qué es importante esa distinción para nuestro conocimiento acerca de Egipto?

Distinto es el enfoque con que Katja Broschat examina la reutilización y adecuación de parte del rey Tutankamón de objetos reales previos. En particular se centra en el nombre real, un dispositivo político muy efectivo. Por ejemplo, algunos objetos tienen su nombre previo, Tutankatón, o nombres de ancestros y familiares, pero otros más misteriosos tienen nombres previos alterados. Entre los objetos que tienen nombres modificados se encuentra el trono dorado de Tutankamón, que supo estar grabado con los nombres previos de la pareja real. El artículo es muy ilustrativo en cuanto a la descripción de las técnicas de orfebrería. En cuanto al pectoral de Nut, que también contiene cartuchos con nombres cambiados, señala la autora que la técnica es distinta y los cartuchos son palimpsestos donde todavía se puede llegar a leer el nombre

anterior del rey. En general, éste es un muy buen estudio, sensato y profundo, que revela un acabado conocimiento de las técnicas de orfebrería y de la confección de objetos reales en Egipto. La autora no sólo piensa los objetos tales como fueron encontrados, sino en su contexto y utilización originales. Por último, discute acerca de las limitaciones que tienen los investigadores para poder descubrir inscripciones previas en algunos casos en los que una modificación es evidente pero no es posible distinguir qué había antes.

Rogério Sousa analiza el desarrollo formal y decorativo de los ataúdes durante la época de Tutankamón, un momento que señala como fundamental en la transición entre los ataúdes de decoración negra a los ataúdes amarillos posteriores a la época ramésida. Éste no es un estudio estético o histórico, sino que busca “clarificar el significado simbólico, así como las dinámicas sociales y políticas asociadas a la construcción de ataúdes” (p. 89). Comienza describiendo los llamados ataúdes negros, que se construían entre los reinos de Hatshepsut y de Amenhotep III, detalladamente atendiendo a la confección tanto como al repertorio iconográfico y las técnicas empleadas. Las variaciones estilísticas de los ataúdes, sobre todo durante el Reino Nuevo, son grandes y permiten cuestionar la idea de que la representación artística egipcia permaneció siempre invariable. Sin embargo, hacia dentro de cada tipo de ataúd, por lo general se mantenía cierta consistencia. La pregunta, entonces, es a qué obedecían estos cambios. La reforma de Amarna puso énfasis en la luz y la vida, y esto aparentemente se trasladó a los ataúdes, aunque la evidencia es escasa debido a lo corto del período. Éste es uno de los artículos más largos, y el mejor documentado, incluso proveyendo un catálogo de los ataúdes de los distintos tipos que menciona (negros, festivos, proto-amarillos y amarillos). Así, llega a la época de Tutankamón, donde podría suponerse un regreso a la forma de hacer ataúdes anterior a Amarna. Efectivamente se volvió a los arquetipos osirianos, al ataúd negro. De hecho, el hermoso ataúd de Tutankamón, dorado, estaba recubierto originalmente de pintura bituminosa negra. Es decir que, aunque se lo presenta comúnmente como el ejemplo más típico de ataúd egipcio, presenta

una hibridez entre motivos osirianos y amarnianos. Luego, en el período ramésida, en lugar de continuar el abandono de los rasgos amarnianos en favor de los negros, aquellos se acentuaron, fundiéndose en un nuevo tipo de contenedores que el autor llama “proto-amarillos” (p. 100). El autor identifica en el corpus ramésida cuatro grupos distintos (A, B, C y D) de ataúdes proto-amarillos, cuyas diferencias tipológicas describe ampliamente. Tan extensa como la descripción de los distintos tipos de ataúdes es la discusión acerca de los talleres y artesanos que se ocupaban de crearlos, así como sobre el significado de los colores negro y dorado. Destaca sobre todo la maestría de la comunidad de pintores y la relación entre la decoración de los ataúdes y de las tumbas. Su hipótesis es que el uso sin precedentes del oro en la tumba de Tutankamón apunta al regreso de la solarización del Más Allá. Los distintos colores y materiales se utilizaban para asociar al difunto con la luz, dando testimonio de un proceso que cristaliza en la Dinastía 22 pero que comenzó con la tumba de Tutankamón.

Ghada Mohamed estudia la utilización de signos *ankh* antropomorfizados en los monumentos de Tutankamón. “Una vez antropomorfizados, los signos inanimados adquieren miembros humanos, vida y vitalidad, así como la capacidad de realizar diversas tareas y reemplazar/representar diferentes entidades” (p. 120). La antropomorfización existe desde el Predinástico, pero adquiere características especiales tras el período de Amarna. Mohamed distingue tres categorías de signos antropomorfizados: los que tienen valor fonético, las criaturas híbridas y los caracteres inanimados. Tras una breve pero útil presentación al tema pasa a los signos antropomorfizados en los monumentos del rey Tutankamón. Por ejemplo, en el abanico con la cacería del avestruz hay un signo *ankh* humanizado, cuya tradición se remonta al tiempo de Zóser. La autora explora la historia del signo y su simbolismo, señalando que los signos antropomorfizados que sostienen abanicos o pantallas están relacionados exclusivamente con la imagen real. A continuación, estudia otros ejemplos encontrados en la tumba de Tutankamón, incluyendo unos interesantes porta-antorchas, signos *ankh* de bronce de 23 cm de alto con brazos humanos.

La autora hipotetiza con que podría ser éste un artefacto desarrollado en la época de Amarna, aunque también menciona su posible relación con un capítulo del *Libro de los Muertos*. En general, éste es un excelente artículo, tanto desde el punto de vista académico como literario.

Los últimos tres capítulos se enmarcan en la polémica disciplina conocida como “estudios de la recepción”. Valentin Boyer es el primero en realizar el salto hacia el siglo XX, donde estudia la Tut-manía a través de *ex libris* de egipcólogos. Comienza por establecer una distinción poco clara entre *ex libris* de “egipcólogos” y de “egipcólogos”. Los primeros se caracterizan porque “hay una re-creación, re-apropiación y re-adaptación de motivos pertenecientes al tesoro de Tutankamón” (p. 138). De la misma manera, la larga enumeración de traducciones de “este libro pertenece a” en distintas lenguas es irrelevante, así como las características generales y de sobra conocidas acerca de los *ex libris*. Lamentablemente, nunca se ofrece un estudio siquiera superficial acerca de a quién pertenecieron esos *ex libris*, que toma como parte de un corpus homogéneo pero que muy lejos de serlo está. De hecho, los veintidós ejemplos que muestra son originarios de Europa, el segundo continente más pequeño del mundo. Este estudio se caracteriza por su superficialidad, aunque las imágenes que lo acompañan resultan interesantes. Por ejemplo, señala el autor que “‘Egipcología’ significa antes que nada la reutilización de elementos decorativos del antiguo Egipto por parte de nuestras sociedades contemporáneas, sin necesariamente preocuparse por el contexto original” (p. 142). Pero, ¿cuál sería la diferencia entre esta desnaturalización y la que se produce en la exposición del Museo Egipcio, donde las piezas se exhiben fuera de su contexto original?

Un corpus mejor definido y acotado es el que trabaja Jasmine Day en el siguiente capítulo. Estudia un taller de joyería particular, el de cristal de Bohemia de Max y Norbert Neiger. Su objetivo es demostrar la influencia del descubrimiento de la tumba de Tutankamón en su manufactura. Los hermanos Neiger fueron presa del exterminio absurdo de los Nazis, aunque desde aquel entonces su trabajo fue revalorizado. El

capítulo ofrece un excelente recuento histórico, biográfico y técnico de lo que pasaba en su taller, estableciendo algunas precisiones sociológicas sobre la idiosincrasia del lugar a principios del siglo XX y a través de la historia. Se trata de un buen trabajo, con una extensa narrativa histórica y un sólido planteo acerca de cómo la publicidad de la tumba de Tutankamón tuvo un efecto positivo, por ejemplo, al influir en los jeroglíficos utilizados en la cristalería (p. 154). Éste es un gran ejemplo de lo que los estudios de la recepción pueden hacer: lejos de ocuparse de curiosidades, ofrece información útil para entender no la antigüedad sino nuestras sociedades contemporáneas.

Valentina Santini clausura este volumen con un estudio que titula “Tutankamón, el ídolo pop” pero que por su temática y estilo serviría muy bien de capítulo introductorio al volumen. Se dedica directamente a estudiar la llamada Tut-manía, proponiendo un estudio bastante general y que abarca diferentes clases de artefactos culturales. Lamentablemente, estos artefactos también se reducen apenas a Estados Unidos y Europa. La Tut-manía asume diversas formas a lo largo de los años y ocupa varios campos: desde la música y el cine hasta la literatura y comics, juegos y juguetes, moda, dibujos animados y series de televisión. Santini plantea más bien un catálogo de menciones, pero después en las conclusiones se vuelve a preguntar por qué se convirtió Tutankamón en un ídolo pop: “¿cómo es que su fama se celebra aún hoy en todo el mundo, tanto que hasta juegos y juguetes fueron creados para recordar al joven faraón?” (p. 168). Pero ese “en todo el mundo” es muy limitado y además nunca define qué es lo que entiende por “ídolo pop”. Su popularidad, afirma, está dada por lo repentino, lo rico, lo misterioso de su descubrimiento. Y, por supuesto, por la “maldición”. Pero esto último acaso sea más bien una consecuencia, antes que una causa, de la popularidad de Tutankamón.

Los nueve capítulos (escritos por diez autores) de *Tutankhamun and Carter* abarcan varios y diversos aspectos de su(s) herencia(s). Sin embargo, es notable que ningún capítulo se ocupe de temas históricos o artísticos. Hay un

marcado énfasis en las técnicas y en el trabajo con objetos materiales, apoyado en una enorme cantidad de ejemplos provenientes de su tumba, incluso algunos poco estudiados. Los capítulos están acompañados de numerosas imágenes en blanco y negro que se complementan con un anexo de 22 placas a color al final del libro.

En pocas palabras, este libro no es una introducción a Howard Carter y el descubrimiento de la tumba de Tutankamón. Ya hay demasiados libros de ese estilo. Es en cambio un excelente acercamiento a los objetos de la tumba, a cómo fueron creados y cómo se los estudió.